viernes 6 de agosto de 2004

EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

CERCANÍA DE VENEZUELA

Por J.J. ARMAS MARCELO Escritor/

Los intentos del presidente venezolano Chávez Frías para impedir la celebración del referéndum sobre su mandato resultaron inútiles. A mediados del mes de agosto, los venezolanos decidirán si el camino político emprendido por la República Bolivariana de Chávez es el que mayoritariamente quiere o no el país. Como ha escrito Alexis Márquez Rodríguez, Chávez «erró una vez más al cobijar su campaña contra el revocatorio bajo la las sombras emblemáticas de Florentino y la batalla de Santa Inés». Como recuerda también Quirós Corradi, la batalla de Santa Inés terminó perdiéndola el gobierno.

Este Florentino es un personaje central en la cultura popular venezolana. Coplero y «contrapunteador» de gran fama y categoría, según la polvareda de leyendas que galopan por el llano, hasta el mismo Diablo lo retó a coplas durante una noche entera en un caney de Santa Inés, en Barines, cerca de Sabaneta. Márquez Rodríguez, que utiliza todos los días su pluma y su palabra para dibujar la silueta patética y grotesca de la Venezuela chavista-bolivariana, recuerda que Rómulo Gallegos nos describe en «Cantaclaro» a Florentino como catire (rubio) y así también lo nombrará el Diablo hasta seis veces. El mismo Diablo, durante el torneo de coplas, le pregunta a Florentino con una actualidad tal que el duelo entre los dos parece que estuviera celebrándose en estos momentos febriles de la historia contemporánea de Venezuela: «Si sabe tanto de todo/ diga ¿cuál es la república/ donde el tesoro es botín/ sin dificultad ninguna?». La respuesta de Florentino es inmediata, plena de imágenes metafóricas y símbolos populares : «Sin dificultad ninguna,/ la colmena en el papayo,/ que es palo de blanda pulpa:/ el que no carga machete/ saca la miel con las uñas». Márquez Rodríguez termina su análisis preguntándose si habrá «una mejor descripción del actual gobierno venezolano que esta tan irónica y zumbona».

Chávez llegó al poder en Venezuela, tras previos intentos golpistas, con el apoyo en las urnas de una gran mayoría de ciudadanos. Había prometido acabar «de golpe» con el pésimo ejemplo de las clases dirigentes y los partidos políticos tradicionales, que convirtieron la corrupción en inveterada costumbre cotidiana y pavorosa marca de identidad de un régimen formalmente democrático que había venido devorándose a sí mismo, y saqueándose en sus dineros y recursos propios. Todo ello convirtió las instituciones republicanas en las vergonzosas oficinas de la «conchupancia», término popular surgido del mismo espectáculo de la corrupción organizada como negocio de y para todas las elites con acceso a los poderes públicos y las clases dirigentes. En la actualidad, el gobierno chavista, algunos de sus políticos más conspicuos, el propio presidente y su entorno más cercano, forman «el Sanedrín Benefactor» que se beneficia mejor, más y primero que nadie en Venezuela de todas las riquezas del país, empezando por el petróleo. La fiebre de la «conchupancia» chavista ha escalado cumbres de tal altura que ni siquiera en la Venezuela de Guzmán Blanco, ni en la más cercana de Carlos Andrés Pérez, se habían llegado a alcanzar tamaña desvergüenza e inmoralidad cotidianas.

Mi cómplice cercanía de Venezuela y la celebración de ciertos episodios históricos en ese país me hacen, de cuando en vez, establecer un imaginario combate dialéctico entre dos de sus figuras históricas más relevantes: Francisco de Miranda, el casi siempre olvidado Precursor de la Independencia de América, y Simón Bolívar, el Libertador indiscutible y todavía indiscutido para casi todos. Los destinos de los dos grandes hombres se entrecruzan a lo largo de sus vidas con tal sugerente asiduidad que terminan por convertir sus figuras en paradigmas enfrentados y

contrapuestos. Determinados lances históricos, que tienen a Miranda y Bolívar como protagonistas, cómplices circunstanciales y contendientes del duelo histórico de América, delatan en parte la historia eterna de Venezuela que fabuló, con extrema y contundente eficacia de escritura, Francisco Herrera Luque en sus novelas «Los años del Valle», «En la casa del pez que escupe el agua» y «Boves el Urogallo».

El 30 de julio de 1812, en La Guaira, los jefes republicanos de Venezuela se reunieron en casa del coronel Casas, Comandante Militar del Puerto, donde también estaba hospedado Miranda a la espera de salir del país en el «Sapphire», al mando del capitán Haynes. Esa misma noche, Miranda fue detenido por los conjurados jefes republicanos para entregarlo a Monteverde, la autoridad Real española. Soublette, secretario de Miranda, es el encargado de despertar al ilustrado general y darle la mala noticia: venían a prenderlo. Como si se supiera protagonista de un escenario histórico único, Miranda se toma su tiempo y hace esperar a los conjurados, mientras con lentitud se viste su uniforme de gala de general francés. Cuando sale a escena para encontrarse con los jefes que han venido a detenerlo, hay sobre la mesa del salón una luz de carburo que Soublette se apresura a tomar con su mano derecha. Miranda a su vez lleva su propia mano derecha al antebrazo de Soublette y le hace levantar la luz hasta el rostro de los conjurados para reconocerlos uno a uno. Al frente de todos ellos está el coronel Simón Bolívar. Y a su lado Tomás Montilla. Al término de esa tarea, Miranda se vuelve a Soublette y dirigiéndose a su edecán, con evidente desprecio hacia el resto de los presentes (incluyendo a Bolívar), pronuncia la frase cuya celebridad recordarán y traducirán después, desde el silencio al escándalo y viceversa, cuantos ciudadanos venezolanos decentes hayan denunciado siempre con peligro de sus vidas la conchupancia de las clases dirigentes: «Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer más que bochinche...», dice Miranda, envuelto en la decepción de su propio sarcasmo. Gual dirá después que se manejaron «pretextos erróneos» por parte de Bolívar, y ciertas interpretaciones históricas amparan el hecho infame de la traición a Miranda bajo la excusa del desconocimiento de las verdaderas claves del Gran Rebelde, que se iba de Venezuela para regresar y llevar a cabo con posibilidades de éxito sus planes de sublevación e independencia.

Miranda fue entregado a la Corona española y trasladado, vía Puerto Rico, hasta Cádiz, donde fue encerrado en el Cuartel de La Carraca. El 14 de julio de 1816, muere encarcelado sin que nunca se le abriera la causa jurídica por la se le suponía en prisión. Una cruel casualidad hizo que Miranda muriera el mismo día que Bolívar intentaba sin éxito «invadir Venezuela por la bahía de Ocumare, el lugar en donde había fracasado diez años atrás el propio Miranda», según escribe Polanco Alcántara. En julio de 1826, Bolívar llamará al general traicionado y fallecido «el más ilustre de los colombianos».

En momentos de agobios venezolanos, combato la nostalgia pasional por ese país convocando el recuerdo histórico de estos dos grandes hombres -Miranda y Bolívar- para distanciarme del absurdo histórico de Chávez Frías, esperanza frustrada que se dibujó finalmente como esperpento. Desde la presidencia de la República, agitando la espada de Bolívar en la mano como pretexto para la gran traición, Chávez y sus secuaces han intentado todas las triquiñuelas, recovecos y tramposos «bochinches» para impedir tal convocatoria. Con la coartada y el estandarte simbólico de Simón Bolívar, ha llevado a Venezuela, según todos los indicadores objetivos, al borde del abismo y la extenuación. No sin bastante razón recuerdo una vez más las palabras tristemente proféticas de Miranda a Soublette en el momento de ser detenido por Bolívar y los suyos: «Bochinche, bochinche, esta gente no sabe hacer más que bochinche». Y, en la cruel paradoja del tiempo y la Historia, la Gran Macarra, las pronunciadas por Bolívar desde la decepción de su proyecto político, en Santa Marta, Colombia, envuelto en la soledad de sus últimas reflexiones y al borde mismo de su propia muerte: «He arado en el mar...». Verdad es que Bolívar aquí no se refería sólo a Venezuela.